

MADRID: por tres meses 9 reales, por seis 11, por un año 20.



PROVINCIA: por tres meses 9 rs., por seis 17, por un año 30.

EL MENSAJERO DE LAS MODAS,

REVISTA MENSUAL DEL MUNDO ELEGANTE.

Gratis á los Suscritores al Semanario Pintoresco Español.

MODAS.

El otoño se acerca á pasos de gigante, y nuestro calendario de Castilla la Nueva señala lunas con nubes y nieves. Esto exige imperiosamente una revolucion completa en los trajes, porque diz que el frio no se hará esperar mucho tiempo este año. ¿Han meditado bien las circunstancias estacionales las bellas que siguen encargando vestidos lijeros, como si ahora diese principio el verano? Pronto se desengañarán de que los calores van de capa caída; ya que se nieguen á admitir como anuncio de esta verdad el afán con que se apresuran á tomar billetes de diligencias, para regresar á la corte, los bañistas de Trillo, de Biarritz y de Santa Agueda.

Las modistas son mas previsoras: las modistas se preparan en todas las estaciones para las siguientes; las modistas constituyen el verdadero ramo de la policia fashionable, porque ingenien, inventan, encomian, encargan y almacenan todos los objetos de salida, todos los caprichos y adornos que la casualidad y la especulacion califican con el dictado de buen gusto. Fáltales, sin embargo, adoptar un medio sencillísimo de generalizar, ó mejor dicho, de acreditar sus géneros, medio que emplean con éxito las modistas y los sastres de otras naciones, y señaladamente los de Francia é Inglaterra. Aquí acostumbran esponer en las vidrieras de sus almacenes unas muñecas, no precisamente ataviadas con las galas mas propias para despertar la afición á lo bello y á lo elegante de las hermosas compradoras, sino cubiertas de cintajos y de todos cuantos adornos se espended en los establecimientos, sin cuidarse de las reglas del buen gusto, que debe presidir, como primera circunstancia, en toda clase de modelos. En París es otra cosa: los modelos son verdaderas criaturas de carne y hueso, vestidas lujosa, elegantemente, y sobre todo gratis, para que pregonen en bailes, en reuniones, en teatros y en paseos la escelencia de los géneros, cuyas muestras ostentan en sus cuerpos. De este modo corre en pocas horas de boca en boca el nombre del almacén mejor surtido y el de la modista de manos mas delicadas; de este modo se aumenta muy pronto el

diccionario de la moda con nombres propios, que si no espresan siempre la idea perfecta del género, sirven para que las elegantes se den tono al pronunciarlos con dificultad, por lo mismo que generalmente son nombres árabes, chinos, rusos, persas, alemanes, turcos ó egipcios; de este modo tambien se escita la competencia entre los almacenes de modas, se aumenta considerablemente su esportacion, y ganan el comercio y la industria lo que pierde la moralidad de las naciones...

Alto ahí: no entremos en la senda espinosa de la predicacion contra las costumbres actuales: buenas deben ser, supuesto que la sociedad se civiliza, se emancipa, brilla y domina; buenas deben ser, cuando la riqueza, representada por el lujo y por la moda, es el signo representativo de la virtud y de la capacidad intelectual; buenas deben ser, cuando las leyes no las consideran enemigas del bienestar general. Dejemos pues en santa paz á las costumbres de la era dichosa que hemos alcanzado, y digamos algo de modas.

Pocas, muy pocas son las variaciones de que hasta ahora podemos dar cuenta, porque la estacion no se ha declarado, porque vivimos entre calor y frio, y sobre todo porque París, la ciudad reguladora, de la cual recibimos todo, así trajes como ilustracion, no nos ha remitido aun los figurines *invariables*, los figurines *fijos*, los que han de dar la ley en la próxima estacion.

Por eso se siguen llevando todos los trajes de verano, á pesar de la fresca temperatura que en Madrid se ha declarado; si bien es de notar que los volantes en los vestidos de señora no son hoy tan de rigor como hace un mes: se traen todavia tres, por lo regular; pero hemos visto ya algunas faldas de seda de entretiempo enteramente lisas, aunque floreadas, de dibujos menudos, y tambien otras que forman un gracioso delantal con listas horizontales. Los colores de estas faldas son generalmente mahon claro y lila; el de las listas es un negro lustroso, que hace un efecto hermosísimo. Respecto á los cuerpos de los vestidos no se ha hecho la menor innovacion; se usan abiertos por delante, ajustados, mas ó menos escotados, con camisetas de esquisito punto de Flandes ó de Bruselas, y guarnecidos ú orillados de encajes ó puntillas de bordados de bulto, con otros adornos que han inventado el capricho y la comodidad.



Las mangas han sufrido ciertas modificaciones muy útiles para la estación fría, aunque ignoramos si llegarán á generalizarse, por mas que esto aconseje la prudencia. Llévanse como hasta aquí anchas, pero bajan sin el corte de jamon hasta el puño, que se ciñe á la muñeca, con vueltas de encaje bordado, que debe formar ondas pequeñas, es decir, que ha de ser verdadera puntilla y no entolar: dicha puntilla, segun los reglamentos de las modistas afamadas, constituye toda la gracia, todo el aire aristocrático del puño, y por consiguiente de la manga, supuesto que lo que forma el brazo no es mas que una especie de saco seguido sin la mas pequeña ondulacion ni sesgadura. Repetimos que estas mangas no han recibido aun el sello de admision: empiezan á verse algunas, aunque en cortísimo número, y es de desear que la aduana de la moda las admita como género de lícito comercio, exento de derechos, en gracia de su utilidad pública.

Las manteletas siguen su curso ordinario: tafetanes, rasos... lo mismo que hasta aquí, iguales cortes é idénticos adornos y flecos: no tardarán en llevarse forradas, para que alternen con otros abrigos de naturaleza árabe ó griega, á los cuales se muestran sumamente aficionadas nuestras bellas en la estación de los hielos. Nadie ignora que en las manteletas se prodigan los encajes: este prurito se hace de día en día mas de moda; pero para que produzca todo el efecto que se apetece, es indispensable que acompañe á la manteleta, así adornada, un sombrero de *encaje-guipur* negro con cabos de terciopelo azul y plumas del mismo color. Si con estas prendas se viste una dama un traje de raso de los que hemos mencionado, puede decir que su *toilette* es completa, y que ha llenado rigurosamente todas las exigencias de la inflexible moda.

El otoño es la estación propicia para frecuentar los teatros: ignoramos hoy los alicientes que estos llegarán á proporcionarnos; pero sea cual fuere el resultado de las combinaciones artístico-especuladoras que andan en juego, si no mienten lenguas y periódicos, parece indudable que nuestras bellas acudirán desahucadas á la zarzuela de la *Plaza del Rey*, si en ella llega á acomodarse, y á la compañía francesa, que podemos dar ya por acomodada. En cuanto á las *troupes* de Arjona y de Romea, la opinion anda dividida, y nosotros nos reservamos la nuestra, no respecto al mérito de sus individuos; sino por lo que atañe al interés que sabrán despertar entre nuestras elegantes. No se ha fijado aun el traje de teatro para esta temporada: estaremos á la mira, y lo pondremos en conocimiento de las lectoras de EL MENSAJERO, inmediatamente que lleguen á nuestra noticia sus pormenores.

Dos palabras sobre abrigos. Como hasta ahora no se ha hecho sentir el frío, no se ha decidido definitivamente la forma de los objetos que deben atenuarlo; pero como al mismo tiempo ha pasado ya la canícula y llega para Madrid el tiempo de ferias, ó lo que es igual, la estación húmeda, se habla ya de adoptar el *capoton-talma*, dándole un corte nuevo. El *talma* es muy conocido, y no nos ocuparemos en describirlo: el que ahora anda en la mente de algunas elegantes no es mas que una variación del primitivo, pero nos parece muy oportuna. El *capoton* circular debe cortarse de una tela muy ancha en una sola pieza: ha de tener tambien su correspondiente capucha, que caiga con gracia sobre la espalda, teniendo cuidado de adornar su abertura con una cinta anudada que ocupe todo su centro. Puede orillarse todo el *capoton-talma* con una ó varias hileras de encajes, con listas de terciopelos ó con pasamanería fina: tambien hará mucho efecto si se borda alrededor con seda del color de la prenda.

Hé aquí las únicas novedades de que hoy podemos dar noticia respecto á modas de señoras, pues no debemos contar como tal la noticia de que los cuellos se siguen bordando á la inglesa: añadiremos no obstante que el dibujo de preferencia para este artículo es la hoja de rosa. Al presente se borda todo, y el feston unido está muy en voga cuando se trabaja sobre un objeto cualquiera de muselina ó nansouk.

¿Y qué diremos de las modas para caballeros? Ni una palabra, porque no han llegado todavía los indispensables figurines de París, para que sepamos de qué hechura han de ser nuestros gabanes, y cuáles las telas que han de servirnos para pantalones y chalecos.

Esperemos pues, que ya nos impondrá pronto la ley la orgullosa metrópoli de la moda.

A.

MONOGRAFIA DE LA MIRADA.

Yo tengo un libro entre otros libros. De estos otros libros he sacado unas veces provecho, otras perjuicio. ¿Habrá sido mia la culpa ó de los libros? Mi amor propio me releva de toda respon-

sabilidad. Pero no se trata de estos libros, sino de aquel libro. De aquel no he sacado nada todavía; pero pienso sacar. Es un excelente libro, el mejor que puede darse para hacer pedantes eruditos.

Contiene una recopilacion de máximas, sentencias, dichos agudos, proverbios, y muchos otros partos y abortos del entendimiento humano.

Pero nada valdria, si al presentar el niño no dijese quién habia sido su padre.

Afortunadamente no hay que hacer por fuera averiguaciones.

¡Cuán fácil es pasar la plaza de erudito! Y cómo se pavonea uno, pudiendo ingerir á tan poco trabajo en la conversacion una docena de nombres ilustres, y citar esto ó lo otro que dijeron!

Lléveme el diablo si no soy erudito por cuatro reales. Es el valor del libro.

Y como por alguna parte se ha de empezar, citaré á propósito de la mirada el siguiente proverbio árabe, segun el libro citado: *Quien no comprende una mirada, tampoco comprenderá una larga explicacion.*

Héteme ya en marcha, merced al proverbio: un testo facilita mucho.

No era lerdo, no, el árabe que tal dijo.

La exactitud del proverbio es poco menos que matemática.

¡Pobre de aquel que no comprende una mirada! Debe tenerse lástima, pues ese tiene enteramente exhausto el tesoro de su inteligencia.

La mirada no habla al oído; pero sí al entendimiento y al corazón.

No pronuncia palabras; pero espresa pensamientos.

Si no dispone de las letras del alfabeto y de su maravillosa combinacion, lo hace de multitud de ideas y de sensaciones que se espresan por aquellas.

Posee una elocuencia muda, superior á veces á la que se exhala en torrentes por los labios.

No tiene á su devoción la oratoria; pero le es familiar la pantomima.

La mas sencilla pastorela no dice lo que una mirada inocente. Ni la cantinela mas tierna y amorosa puede competir en amor y ternura con una mirada.

El alma, henchida de dolor y pena, no lo manifiesta tanto en las mas sentidas frases como en una mirada doliente.

Y si respira venganza y furores, el fuego de la mirada producirá el incendio, con mas facilidad que el que exhale envuelto entre amentazas y denuestos.

La palabra es mas larga, la mirada mas breve: no necesita explicaciones.

Esta misma concision le da mas energia; al contrario de la palabra, á quien su propia difusion debilita.

La mirada se basta á sí sola; la palabra seria nada sin la primera.

Yo mando! yo lo quiero! te odio! te adoro! serian palabras sin valor si no lo recibiesen de la mirada.

Y por ventura ¿las miradas que espresan esas pasiones necesitan del auxilio de las palabras?

Locura! Miradas hay cuyo valor no describirian mil palabras; al contrario, mil palabras, un mundo de palabras pueden contenerse en una mirada.

Pero la mirada, desde su elevada posicion, no se digna descender adonde lo hace la palabra. Conoce cuánto vale, y se reserva. Está para satisfacer las pasiones, los afectos, las grandes necesidades del alma; lo demás poco le importa.

Bien dijo el proverbio:

Quien no comprende una mirada, tampoco comprenderá una larga explicacion.

Dicen que los ojos son el espejo del alma.

Mejor dicho estaria que las miradas son el reflejo de sus pasiones: estas las manifiesta por aquellas.

Por la mirada se descubren las mas de las veces las inclinaciones, el carácter, la capacidad de la criatura.

El imbécil lleva en su mirada el sello de su imbecilidad.

El demente el tema de su demencia.

El sábio la antorcha de su sabiduría.

El prudente la marca de su prudencia.

Las probabilidades de acierto están á razon de nueve por diez. Pero el imbécil y demente tienen momentos lucidos, y en vano seria buscar en sus palabras su dolencia moral.

Y la razon del sábio y del prudente sufren eclipses, y en vano seria tambien durante ellos buscar en sus palabras su alta capacidad, las cualidades notables de su inteligencia.

¡Pobre de aquel que no comprende una mirada!

Hale negado Dios el don mas precioso.

No se verá en la fisonomía del ciego la movilidad y anima-

ción que se nota en las demás; ni será obra fácil leer en su alma.

La ceguera es la cota que la hace invulnerable.

No tiene miradas que la vendan, que le hagan traicion.

Dos hombres acusados de un mismo crimen, y ambos negándolo, ciego uno y el otro con vista, el juez podría convencerse de la culpabilidad de este por leerla acaso en sus miradas, mientras quedaria perplejo acerca de la criminalidad del primero.

El criminal procura tener siempre velada la vista ante sus jueces, y baja la cabeza. Por instinto siente que sus miradas han de ser acusadoras de su delito.

Pero no le sucede lo mismo cuando se halla á presencia de sus cómplices ó de otros criminales: entonces tiene la frente erguida; y á proporcion que es mayor su categoría en la carrera del crimen, sus miradas son mas firmes y descaradas, mas atrevidas y feroces.

Porque entonces conoce, tambien por instinto, que mas se ha de hacer temer y respetar cuanto mas deje conocer en sus miradas la perversidad de su alma.

La vista nace con la criatura; la mirada puede decirse que la adquiere; se desarrolla y se afirma á medida que la criatura se desarrolla y se afirma en la senda de la vida.

La criatura al nacer ve, pero no mira: la mirada indica que el sentido de la vista ha llegado á su perfección.

¡Bendígamos al Criador que hizo obra tan maravillosa! La vista es el sentido maestro.

Y á propósito del prodigioso mecanismo del órgano de la vision, uno de esos hombres por demás entendido, observador profundo, que honra la ciencia que ejercita y perfecciona con sus sabias observaciones, me ha hecho notar que entre las muchas variaciones que sufre el órgano de la vision en el transcurso de la vida, no es la menos particular la que experimenta la membrana exterior llamada sclerótica.

Su color blanco tiene un leve tinte azulado al nacer la criatura, tinte que va perdiendo á medida que pierde la inocencia, y camina hacia el sepulcro, en cuya época ha desaparecido del todo, presentando un blanco sucio.

¿No podria decirse que esta variacion es hija de su alejamiento del cielo y de su aproximacion á la tierra? añadia el filósofo observador.

Perdonen nuestros lectores esta digresion, que no lo es tanto como otras muchas.

El influjo de la mirada es inmenso.

Puede dar la vida y ocasionar la muerte.

Hacer esclavos y romper las cadenas de la esclavitud.

Realzar el ánimo y sumergirlo en el abatimiento.

Elevar á la criatura á la cúspide del honor y sumirla en la sima del desprecio.

Producir delicias celestiales y tormentos del infierno.

Hacer virtuosos y malvados.

Es tal el poder de la mirada, que estiende su influjo sobre las bestias: toda su salvaje ferocidad, todos sus instintos crueles ceden ante el poder de una mirada.

La clasificacion de las miradas es infinita.

Desde la primera de inocente alegría y sorpresa del tierno infante, hasta la postrera de la agonía, hay una escala inmensa que recorrer.

Una es siempre la mirada pimera; pero no siempre es una la postrera.

Haced observaciones en el hecho de la muerte, y notareis la diferencia.

La persona cuya conciencia está tranquila, y cuyas aspiraciones están en Dios, su última mirada es al cielo, y deja traslucir la serenidad y una santa esperanza.

La postrer mirada del malvado, cuya conciencia lo atormenta, es temerosa y cobarde: parece como que teme fijarse en sus victimas, que se le presentan vengadoras.

El padre de familia que al morir no vé asegurada la subsistencia de sus hijos, tiene una última mirada de indecible angustia: no hay pincel que la retrate.

Observad la postrer mirada del avaro: es una cosa indefinible: es una mezcla de ansia, de medios de codicia, de deseo y de desesperacion, que espanta.

Y la última mirada del vengativo cuya alma se atreve á llevar el rencor hasta la tumba, no es altamente repulsiva?

Pero apartemos nuestros ojos de estas miradas: ellas desgarran nuestra alma, ó la sublevan.

Si quereis gozaros en una mirada seguidme.

¿Veis aquella encantadora criatura, bella como una Madona? Está sentada, y sobre su regazo duerme el primer fruto de su casto amor: tiene inclinada la cabeza, los ojos inmóviles: su mirada fija en su hijo. Observadle, y decidme si hay algo mas simpático, mas puro que esa mirada: para hallarlo seria necesario que el niño despertase, y mirase á su madre: todos los tesoros de

amor, de proteccion, de cuidados que encierra el corazon de una madre se revelan en su mirada.

Ahora la aparta de su hijo y la fija en el cielo: notad qué acto de reconocimiento tributa á Dios... Ya es otra su expresion; lo es de súplica; ¿quién no distingue en ella que pide para su hijo todas las bendiciones del Eterno?

¿Quereis observad otra mirada que os ha de causar dulce satisfaccion? Pues notad aquel amoroso padre que juega con sus pequeñuelos; si analizais su mirada nada podreis hallar en ella; si algo dice es que el que así mira, debe en aquel momento al cielo haberse olvidado de sí mismo, y retrocedido á los primeros y mas tiernos años de su vida.

Por poco que continueis observándolo notareis cómo toma su mirada un tinte bastante pronunciado de melancolía. Es porque vuelve á la realidad.

¡Y la mirada del misericordioso! No despierta en nosotros tiernos sentimientos, al ver cómo se derrama paternal y benigna, ansiando cobijar bajo su amparo al ser que la promueve, y dulcificar la pena, sanar el mal que mira?

¡Ojalá caiga siempre sobre el afligido una de esas miradas misericordiosas!

Despierta en nosotros una multitud de halagüeñas ideas, de sensaciones agradables, la primera mirada de amor de la púdica doncella; es una mirada tímida, ruborosa.

La nueva sensacion que la produce, causa á la doncella temor y placer á un tiempo, desaliento y esperanza, y todo eso se revela en su mirada, inclusa la lucha entre la misteriosa fuerza que la arrastra hacia el hombre que primero ha hecho palpar su pecho, y la inocencia y pureza de su alma que se resiste á manifestarse á un extraño, á entregarle el tesoro de su pureza.

El inocente párvulo tiene siempre miradas que nos afectan dulcemente: tambien él conoce la mirada que se le dirige.

Hay miradas que nos hacen enloquecer. Pero estas miradas son un privilegio propio solo del bello sexo.

Ansiamos estas miradas, las buscamos aun á trueque de perder la tranquilidad del ánimo, la paz de la conciencia, nuestra propia vida.

Son miradas magnético-eléctricas, atractivas, irresistibles.

Parece como que se desprende de ellas un torrente de dicha sensual, hasta formar un Océano que inunda el pecho, y en el que naufraga el alma.

Al caer bajo el encanto de unas de esas miradas, no la trocariamos por todos los tesoros y dignidades de la tierra.

¡Ay! bien lo saben, por nuestro mal, las hermosas, y por cierto que abusan, tiranas, de su mágico poderío.

Nos hacen desear, suspirar por una mirada; y... ¡cuán caras nos cuestan!

Porque no siempre podemos distinguir la mirada de amor puro, desinteresado, de la mirada sensual y lasciva, de la mirada traidora, que aunque parece que se da se vende, y aunque parece que se toma se compra.

Por lo general estas miradas van precedidas de otras que nos incitan y provocan.

Y sin embargo, ¡cómo hemos de cerrar los ojos para no ver la mirada de la coqueta!

¡Perdónela Dios el mal que nos hace!

Hay miradas que nos infunden respeto.

Contra estas es necesario estar siempre en guardia, porque muchas veces somos victimas de una ilusion.

Es muy comun ver á las personas tímidas, sencillas, no atreverse á levantar los ojos en presencia de otras personas notables por su categoría ó riquezas.

Temen hallar una mirada imponente, severa, digna... y se equivocan.

No son las riquezas ni los honores las que dan dignidad á la mirada.

Si se las prestamos á las de aquellos, es por la falsa idea que muy á menudo nos formamos de la verdad de las cosas.

¿Por qué pues se han de esquivar esas miradas?

Hay miradas que nos repugnan.

Son estas todas las que reconocen por causa el vicio ó alguna pasion innoble.

La mirada del avaro, del codicioso, del cínico, del orgulloso, del vengativo, del malvado nos producen aquel efecto.

Nos causa risa y lástima:

La mirada del pedante, del miedoso, del fátuo, del presuntuoso, del mogigato; todas aquellas, en fin, que mas bien que de una alma viciada, son efecto de una imperfecta organizacion cerebral.

Nos incita al desprecio.

La mirada del cobarde atrevido, del ruin y miserable, del impúdico insolente, y otras que tienen un origen vergonzoso y bajo.

Promueve nuestra piedad y nuestra proteccion.

La mirada de la indigencia honrada, la del desvalido, la del doliente, la de la victima inocente, y todas las que se producen por el dolor fisico y moral.

He llenado con escaso algunas páginas, y nada he dicho de la mirada, relativamente á lo mucho que hay que decir de ella, á lo infinito que se me ocurre. Es materia para escribir un infolio. Así pues, no pasa este trabajo de ser un juguete que aguarda ser lanzado al público para entretenimiento de desocupados.

SANTIAGO CASILARI.

BALADA.

En los primeros albores de la vida soñé una felicidad tan pura como la de los ángeles.

Sentía latir mi corazón á la idea del amor.

Do quiera tendía mi vista, encontraba objetos que me enagababan.

La naturaleza toda se me presentaba al través de un prisma encantador.

Cuando sentado al lado de una fuente, llegaba á mis oídos el blando murmullo de sus aguas, y la pintada mariposa revoloteando de flor en flor, libaba el dulce nectar que en ellas se depositaba, se deleitaba mi imaginación.

Cuando la rizada aurora, rodeada de celajes de púrpura, asomaba su bella faz, la sonrisa se dibujaba en mi rostro. Si veía al rubicundo Apolo aparecer en el Oriente con su carro de marfil, inclinaba mi frente sobre el pecho, y bullían en mi imaginación ideas de grandeza y sublimidad. Cuando la que me había dado el ser trenzaba mis cabellos con su blanca mano, y estampaba algún suave beso en mis mejillas, yo levantaba los ojos, y mirándola quedaba fascinado. Solo gozaba á la vista de un ameno pensil, de una rosa que abría su capullo para recibir las gotas del rocío matinal, y al armonioso coro de los pajaritos que saludaban la venida del día.

Cuán feliz y alegre crucé la primer época de la vida; esa edad efímera, que por desgracia pasa veloz como el pensamiento. Con indecible sentimiento me ausentaba del bello mundo de las ilusiones, entrando en el de la realidad.

La creación, que poco antes era para mí un foco de esplendor y gloria, se mostraba cubierta con el semblante tétrico y desconcolorado de la verdad.

Los encantos que embellecían y cautivaban mi corazón habíanse agostado con los intensísimos rayos de un prisma filosófico.

Entonces ví en el hombre un ser rodeado de misterios.

Y mi pecho, al sentir que le habían robado la inestimable joya que poseía, se entristecía y lloraba.

La filosofía del mundo había introducido su aguzada punta en mi corazón, produciendo una tan profunda llega, que no me era dado cicatrizar.

Pero mi mente había concebido un bello ideal: con avidez lo buscaba en este inmenso píelago de dolor; en mis ensueños dorados veíale coronado con la fúlgida y deslumbradora diadema celestial, sumergida en nubes de aromoso incienso.

Mas cansado de ir en pos de él radió para mí un nuevo sol.

Ví un ser de una fisonomía inaccesible á las miradas de los mortales. Una Venus de Médicis. Vi... una muger que no se la podía ver sin amarla; uno de esos destellos que la Divinidad ha colocado entre nosotros para que la adoremos.

Yo la amaba del modo con que aman los ángeles al Señor; como la flor al rocío, como el tierno pequeñuelo al pecho que le alimenta, como Dios á su creación.

Volví á ser niño, meciéndome en el infinito risueño campo de las ilusiones.

Y cuando ya era dichoso, cuando iba á gozar de una dicha indefinible, la feroz Parca atajó el hilo de su existencia.

Entonces me creí un Bardo desterrado en el pantano de la vida, pulsando la lira del dolor; tórtola que gime en la copa del árbol; como el soumi del desierto, pájaro triste y enamorado.

El radiante sol de dichas y placeres, que en otro tiempo me alumbraba, se eclipsó para siempre.

Su alma pura y candorosa voló al coro de los arcángeles, donde está entonando himnos celestiales, teniendo por trono la gloria.

Sobre su tumba plantaré un sauce, para que los ardores del estío no marchiten aquel cuerpo, bañado con la dulce y misteriosa luz de los bienaventurados.

La vejez con su mano descarnada me está llamando, y me

dice que las puertas del sepulcro se hallan abiertas para dejarme entrar.

Si; yo anhele la hora de verme á su lado, gozar de su presencia, y vivir en el templo de la gloria y de la inmortalidad.

JOSÉ MORALES Y SANZ.

SOBRE LAS ESPADAS DE DIAK, EN LA ISLA DE BORNEO.

El hierro que se halla á lo largo de las costas de Borneo, es de excelente calidad, como lo saben las personas que han visitado el punto de Sambas ó Pontiana; pero el mas superior de todos es el que se explota en Bangermassing; y el modo que los naturales tienen de forjarle ó trabajarle les escusa la necesidad de comprar acero de Europa. Sin embargo, el mejor hierro de Bangermassing no iguala al que se trabaja por los mas rudos habitantes de Diak: las mejores hojas de sables y demás armas blancas de los *rajhs* y jefes de Bugis son fabricados por ellos, y es un hecho extraño, pero que no admite duda, que cuanto mas se interna uno en el país, tanto mejores son los instrumentos de hierro que se hallan en él.

El país de Selgie es superior en este respecto á todos los que estan situados en las inmediaciones de las costas; y de todas partes se hacen grandes pedidos de sus hojas de sables, espadas y otros artículos. Un inglés que visitó poco hace dicha isla, dice que contó hasta cuarenta y nueve fábricas, que todas andaban, solo en el punto de Morpow. Los naturales del país mas interior, á quienes los viajeros ingleses nos pintan en un estado de naturaleza, pues ni construyen casas de ninguna especie, ni se mantienen de otra cosa que de frutas silvestres, culebras y monos, procuran sin embargo por este excelente hierro, y hacen con él hojas de espadas, que son luego muy buscadas por los naturales de otros distritos. Los instrumentos hechos con el hierro de esta clase, cortan con igual facilidad el acero y el hierro en bruto: un inglés asegura haber hecho pedazos con un instrumento de esta especie, por via de ensayo, varios cortaplumas, y que uno de los príncipes de aquella isla, no habiendo podido cortar con uno de dichos sables, al primer golpe, el cañon de una escopeta, le tiró contra un pedazo de madera muy grueso, el que hizo pedazos sin que el sable se mellase: en seguida se lo regaló á dicho viajero, quien hizo con él un presente al gobernador de Macasar, y este se lo envió á S. E. el comisario de Java. Otro caso refiere el mismo viajero para prueba del temple admirable y fortaleza de dichos sables. Hallándose en la habitación del Sultan de Coti, vió partir los cañones de tres mosquetes á los pocos golpes que se les dieron con un sable de la especie mencionada; y refiriendo el hecho con admiración á otro príncipe de Borneo, le aseguró este riéndose que nada tenia de particular, y que el hierro de aquel sable no seria de la mejor calidad, pues de lo contrario hubiera hecho pedazos los mosquetes al primer golpe.

A CONSTANCIA.

En los brazos de un ángel adormida
Bajaste del Jordan á la ribera,
Ángel tambien, borrando la primera
Culpa de nuestros padres cometida.

Viéndote entre las bellas mas erguida
Que entre almendros enanos la palmera,
Le plugo á Dios que de tu nombre fuera
Su propia eternidad reconocida.

Constancia! Dulce bien! Sol del poeta!
Dios te dió su atributo: son constantes
Las obras mas perfectas de su mano.

Antes yo escuche la final trompeta,
Tu postrimer adiós escuche antes,
Que el dulce nombre de Constancia en vano.

V. BARRANTES.